Madrid—Año X—Núm. 3.151

SUSCRICIONES
PAGO ANTICIPADO
Madrid, mes, UNA PESETA: Provincias, trimestre, CINCO: Antillas españolas y naciones firmantes del tratado postal, trimestre, DIEZ: Portugal, trimestre, OCHO, y en los demas paises, trimestre, QUINCE.
25 ejemplares 75 céntimos

El Liberal

Miércoles 18 de enero de 1899

ADMINISTRADOR
D. LEON OCHOA DE ECHAGUEN
Se suscribe en la Administración, Almudena, 2, y en la tienda papelería High-Life, Sevilla, 14. Los anuncios se reciben en la Administración, de 10 mañana a 6 tarde, y en la imprenta, de 10 a 12 noche.
Número suelto 5 céntimos

A nuestros lectores

La modificación de la forma del folletín ha movido á algunos de nuestros suscritores, muy pocos en número (tan pocos que no exceden de once las cartas recibidas de Madrid y de tres las de provincias), á dirigirnos observaciones acerca de la conveniencia de separar los anuncios de las páginas de la novela, para que ésta pueda ser, como antes, encuadernada con entera independencia.

Ya comprenderán esos apreciables suscritores, cuyo interés por el periódico agradecemos, que esa idea ya la habíamos tenido en cuenta; pero desde el momento en que concebimos el propósito de aumentar la lectura del periódico, que es lo esencial, para dar ensanche á las secciones de noticias é insertar holgadamente los extensos telegramas y correspondencias de nuestro servicio exclusivo, era necesario compensar al anunciante con un lugar no menos visible y permanente, el espacio de la cuarta plana de que le privábamos en beneficio del lector de las demás secciones del periódico.

Bien puede, pues, el suscritor, pasar por la nueva forma del folletín, que le da más lectura y no le priva de la encuadernación de la novela, á cambio del considerable aumento en el tamaño, en la lectura, en el interés y en la amenidad que el periódico ha recibido.

La forma en que la casi totalidad de los periódicos dan su folletín en la parte baja de sus planas, da el mismo resultado para los coleccionadores, pues que á la espalda de cada folletín van impresos anuncios ó texto del periódico.

No éramos dueños tampoco de escoger otra forma para aumentar el periódico, porque la construcción de nuestras máquinas hace imposible cualquier otra combinación.

Esperamos, por lo tanto, que el reducido número de lectores, casi en su totalidad de Madrid, que nos han expuesto sus observaciones, se darán por satisfechos con esta explicación y comprenderán el poco valor de las imperfecciones del folletín, parte accidental del periódico, al lado de las notorias é importantes mejoras que, comenzando por el aumento de su tamaño, ha recibido EL LIBERAL.

ROMA

Confieso que me ha inspirado siempre mucha simpatía el pueblo judío, errante y esparcido por el mundo bajo la maldición divina.

Confieso que no comprendo la guerra á muerte declarada por los cristianos á los judíos, cuyos patriarcas y profetas veneran; de quienes han recibido los mandamientos de la ley de Dios; y de cuyo seno salió el judío Jesucristo, fundador de la nueva religión. Me parece lo mismo que si un hijo jurara odio eterno á su padre.

Es preciso reconocer que nuestros católicos reyes fueron muy poco cristianos cuando arrojaron de España á los judíos, y que los Papas fueron muy humanos y muy dignos de llamarse reyes de reyes cuando los acogieron en Roma.

En Madrid quedaba excitado grandemente mi interés y muy avivada mi curiosidad, siempre que delante de mí se hablaba de los judíos de esta Ciudad Eterna.

En cierta ocasión oí referir, á quien decía haberlo visto, que conservaban el uso del idioma español, aunque anticuado, y que existía aquí familia judía (había hablado con ella, según aseguraba), que conservaba los títulos de propiedad y las llaves de la casa que sus antecesores habitaron en España en la época de la expulsión (hace cuatrocientos años), con ánimo de reclamarla cuando pudieran regresar á nuestro país.

Con tan interesantes noticias emprendí mi viaje á Roma, resuelto á entablar relación afectuosa con cualquier descendiente de aquellas desdichadas víctimas de la feroz religiosidad de un fraile y de la preocupación de una reina.

No dejé de anotar que el barrio donde los judíos habitaban en Roma, se llamaba el *Ghetto*. Y aquí convendrá un poco de *historia*.

León X, el gran protector de las artes, puede decirse que fué también un protector de los judíos, como referiré luego.

Paulo IV comenzó á vejarlos. Les obligó á vivir en el *Ghetto*, un barrio á orillas del Tíber, y á estar ya dentro de él al ponerse el sol. Quiso que vendieran los bienes que poseían, y no les permitió otro comercio que el de los trapos viejos. Para que se distinguieran de los demás habitantes de Roma, se les obligó también á usar un sombrero amarillo.

Gregorio XIII completó esas disposiciones, mandando que cierto número de judíos oyera todos los sábados un sermón cristiano.

Estas persecuciones cayeron después en desuso y parecía que no habían de repetirse en nuestro siglo. Pero no sucedió así. Pío VII las renovó en su pontificado. Los judíos eran inflexiblemente encerrados en su *Ghetto* al anochecer.

Vine, pues, á Roma, con la impresión que he indicado, resuelto á buscar inmediatamente el *Ghetto* y los judíos, á interrogarles sobre sus antecesores y sobre los recuerdos de España conservados en sus familias, y á sentir el placer de escuchar de sus labios la antigua *fabla* de mi patria.

En uno de los últimos días del mes de Diciembre, frío y lluvioso, á las cinco de la tarde, es decir, ya anochecido, di principio á mi aventura. Había dicho al tomar el coche en la plaza de Venecia «¡al *Ghetto*!», y el cochero, sin observación alguna, sacudió al caballo un latigazo. ¡Luego existía el *Ghetto*!

Anduvimos largo rato no sé por dónde, caminando primero por anchas calles, después por otras más estrechas y peor alumbradas, y últimamente por encrucijadas oscuras y fangosas, alternadas con grandes derribos.

Al fin paró el coche: estábamos en el *Ghetto*.

Lancé alrededor de mí una mirada y al resplandor de la luz de un farol, económicamente alimentado, vi que me encontraba en una pequeña plaza, quizá más pequeña todavía que la del Callao en Madrid. En el fondo de un ángulo de la plaza, observé un edificio de diferente aspecto que los demás. Me acerqué: era la sinagoga: estaba cerrada. En un pequeño edificio pegado á la sinagoga, á la derecha, vi una puerta abierta. La franqueé y trepé, encendiendo un fósforo, por una escalera estrecha, no más capaz que para el paso de dos personas, y terriblemente empinada. En el primer piso llamé á una puerta que se ofreció á mi vista, y que pasado algún tiempo fué abierta por la mano de un hombre. Era un hombre del pueblo, como todos los demás del pueblo bajo de Roma.

Comencé mi interrogatorio.

Le pregunté cómo se llamaba. Me dijo un apellido italiano.

Le pregunté si comprendía el español: me contestó que no entendía una palabra.

Le pregunté si sabía que existía un país llamado España: me respondió que jamás había oído hablar de semejante tierra.

Le pregunté cuál era su ocupación: me contestó que tenía á su cargo la limpieza y cuidado de la sinagoga y de las *escuelas catalana y aragonesa y la castellana*. Estos nombres me conmovieron.

Le pregunté otras cosas, y tal vez cansado ya, me respondió que él *no sabía nada*; que no ganaba más que la comida y cinco sueldos (un real) y que me dirigiera al maestro Fanno, que vivía en el Prado de San Cosimato, aunque también podría encontrarle todos los días á aquella hora en la escuela, no siendo sábado, como lo era el día en que nos encontrábamos.

Había, pues, tropezado con un judío que no hablaba español y el rabí Fanno habitaba en San Cosimato, y no junto á la sinagoga y la escuela. ¡Comencé á dudar de la existencia del *Ghetto* y de los judíos oriundos de España!

Al día siguiente, á las cinco, me encontraba en la plaza de las Escuelas, llamada así por las escuelas judías. Me dirigí á la misma puerta por donde había penetrado el día anterior y al principio de la estrecha escalera, en el fondo vi una luz. Me dirigí hacia ella. Alumbraba una habitación casi desmantelada, donde me salió al paso un anciano de venerable barba blanca.

Preguntéle en español por el rabí Fanno: no entendía el castellano. Obtenido mejor éxito con el empleo del italiano, le di mi tarjeta y entró con ella en una habitación contigua. Tardó bastante tiempo en volver á decirme que pasara. Entré: me encontraba en una escuela judía.

En un cuarto de mediana capacidad, había ocho ó diez niños alrededor de una mesa desnuda con algunos libros encima de ella. En una de las cabeceras de la mesa se hallaba el rabí ó maestro Fanno. Se levantó al verme. Era un hombre de cuarenta á cincuenta años, de fisonomía inteligente y grave y de mirar reposado. Le dije el objeto de mi visita, que no era otro en verdad que conocer el estado actual de sus correligionarios, y sus recuerdos de España, y su afecto á aquella antigua patria suya.

Me pareció receloso. Un pueblo perseguido como el judío tiene el derecho de serlo.

Miró mi tarjeta, leyó mi nombre, la profesión de abogado y la calidad de redactor político de EL LIBERAL en ella expresadas, me preguntó mis conocimientos en la prensa italiana, le referí el recibimiento que en nuestro jardín hicimos á los periodistas de Italia el año pasado; se mostró enterado de ello; y me citó para el día siguiente á las seis de la tarde.

Fuí puntual á la cita. El maestro Fanno había concluido la lección de *la ley* á sus pequeños discípulos, y me recibió con la mayor cordialidad. Había desaparecido el recelo que yo había creido advertir el día anterior. Tal vez habría preguntado por mí á alguno de los periodistas italianos que le nombré. Estaba en su derecho.

Ya he dicho que la sinagoga, modesto, pobre edificio, se levanta en el fondo de un ángulo de la plaza de las Escuelas. Por la parte de la derecha se halla pegado á la sinagoga el edificio que sirve para las escuelas; y por la izquierda, también pegado á la sinagoga, otro donde se halla el archivo. El rabí Fanno me invitó á subir á él. Dimos la vuelta á la esquina del mismo edificio del archivo, también mezquino, para buscar su puerta de entrada en la callejuela contigua, fangosa y sucia. El rabí Fanno llamó á la puerta de una casa de humildísima apariencia, situada enfrente. Abrieron, y me sorprendió su vista interior. Era una estancia á piso llano de la calle, exactamente igual á las de los pueblos pobres de Aragón. El techo de vigas y blanqueado como las paredes, el hogar á un lado, y cerrando el fondo, en el cual se encontraría probablemente la cama, una gran cortina de uno á otro lado de la pared, formada de pedazos de tela de toda clase de colores. Un candil, un verdadero candil, alumbraba aquella morada, donde distinguí dos mujeres, á quienes el rabí Fanno pidió la llave del edificio del archivo. Eran sus guardadoras.

Subimos una escalera no más espaciosa que la del edificio de las escuelas y entramos en el archivo. Se reducía á un gran armario, que el maestro Fanno me franqueó con la mayor amabilidad.

Sacó un abultado *in-folio* y me leyó la bula de León X, del año 1517, autorizando á los hebreos de Roma para comprar una casa de un tal Cenci y edificar la sinagoga.

En 1581 Paulo IV autorizó á los hebreos para comprar otra casa y ampliar las edificaciones que tenían hechas. De modo que mientras nosotros arrojábamos de España á los judíos, perdiendo población, trabajo y riqueza por odio religioso, los Papas les facilitaban el establecerse en su ciudad. El Pontificado merecía dominar en aquella época, porque era el poder más inteligente.

Según el maestro Fanno, el mayor número de hebreos vino á Roma en el año 1492, fecha del decreto de expulsión de los Reyes Católicos. Me refirió como anécdota segura, que Cristóbal Colón dijo á los Reyes Católicos, que si habían perdido un pueblo expulsando á los judíos, él les había indemnizado descubriéndoles otro pueblo.

Me aseguró también que en 1515 habían llegado á Roma los judíos de Cataluña y Aragón.

Esto explica el origen de las dos escuelas de Aragón y Cataluña por una parte y de Castilla por otra con que se marcan los hebreos residentes en Roma. Los judíos de Castilla llegaron en 1492 y los de Aragón y Cataluña en 1515. También existe alguna diferencia en el rito entre una y otra escuela, considerándose más puro el de Aragón y Cataluña.

Contestando á mis preguntas, me dijo el maestro Fanno que se cuentan en Roma 6.000 hebreos. A las escuelas de la sinagoga asisten 300 niños para aprender *la ley*.

El maestro Fanno no habla español. Hubo un tiempo, creo que hasta el presente siglo, en que era obligatoria una lectura semanal en español; pero eso concluyó.

Los judíos de Roma ni conocen el español, ni tienen recuerdos de España.

En Liorna, sí se habla el español, y en Constantinopla se publica un periódico en español con letra hebrea.

Recordando el asesinato del inquisidor de Zaragoza, San Pedro Arbués, gran perseguidor de los judíos aragoneses, en la iglesia de la Seo, me permití hacer al maestro Fanno una pregunta.

Los matadores de San Pedro Arbués habían sido como ejecutores principales de la conjuración tramada contra la vida del inquisidor, un judío llamado *Spera in Deo* y un tal Abadía, natural ó procedente de la sinagoga de Barbastro. Abadía pudo escapar á Francia. Yo recuerdo haber visto en una de las cuatro esquinas formadas por dos calles estrechas que se cortan en perfecta cruz en el centro de aquella población, en la esquina de una casa que por tradición se dice haber pertenecido á una familia Abadía, una piedra colocada á la altura de ocho piés del suelo, y en ella una figura esculpida, medio borrada por el tiempo, que representa un hombre con la cabeza cortada. ¿Representará el suplicio de aquel Abadía en efigie?

Recordando esto, pregunté al maestro Fanno si existía entre los judíos de Roma el apellido *Abadía*. Me contestó que sí, con una pequeña diferencia en la pronunciación. Nosotros cargamos el acento en la *i* y decimos *Abadía*: ellos lo cargan en la *a* y dicen *Abádia*.

Había terminado mi entrevista con el maestro Fanno y me hallaba de pié para despedirme, cuando llamaron á la puerta del cuarto del archivo y entró un arrogante militar con los galones de sargento del ejército italiano. Era el hijo mayor del maestro Fanno, que venía en busca de su padre. Cuando el *hoy* sargento Fanno, y mañana tal vez el oficial Fanno, y más tarde quizá el general Fanno, derrame su sangre en los campos de batalla en defensa del honor, de la seguridad ó de la grandeza de Italia, no le preguntará su patria si es moro, judío ó cristiano. Nosotros podríamos tener hoy muchos millares de jóvenes como el sargento Fanno.

Salimos del edificio del archivo y volvimos al de la escuela. Allí encontré otra vez al portero de luenga y venerable barba blanca. El maestro Fanno me había reservado una sorpresa.

—*Os presento*—me dijo, señalando al portero,—un hebreo que lleva vuestro mismo apellido.

Se llamaba Castro como yo. Le interrogué con vivísimo interés; pero en vano. No conocía el español, ni sabía de dónde procedía, ni sus padres ni abuelos le habían hablado jamás de España.

En definitiva; los judíos de Roma que hablan español, y se acuerdan de España, como de su verdadera patria, son ya una novela.

El barrio mismo del *Ghetto* puede decirse que ha desaparecido, ó que está para desaparecer. Desde que Roma es capital de Italia, ha querido engrandecerse á la moderna, transformando sus estrechas calles y abriendo otras amplísimas, que dan entrada al aire y á la luz por todas partes. La piqueta ha penetrado en el barrio del *Ghetto*, derribando manzanas enteras de casas. Muchísimos judíos han salido del barrio y han ido á habitar en otros puntos de Roma, ya por los derribos, ya también porque establecida Italia en Roma con las modernas instituciones, acabó de ser el *Ghetto* para los judíos su vivienda y su cárcel.

S. RUIZ DE PEÑARANDA.

Enero 12

A vuela pluma

Indudablemente está en decadencia el Sr. Cánovas del Castillo.

No puede abrir la boca en el Congreso sin que le derroten y acorralen.

Solo que antes, y en honor suyo, se encargaba de esa ingrata tarea el señor presidente del Consejo de ministros.

Pero ahora...

Ahora estamos seguros de que, al anunciarse un discurso del jefe de los conservadores, ni se molesta en designar préviamente al encargado de contestarle.

Lo que dirá el Sr. Sagasta:

—Uno.. cualquiera.

***

Ayer le tocó el turno al Sr. Cobián, que no es cualquiera precisamente, aunque hasta ahora no había llegado á la altura del Sr. Cánovas.

Y dió al ilustre estadista un recorrido en toda regla, como pueden ver los lectores en el extracto de la sesión que publicamos en otro lugar.

Al Sr. Cánovas le ha sucedido lo que á casi todas las amas de casas de huéspedes.

Ha venido á menos.

***

Colosos de mazapán
que se imponen al Congreso
solo con un ademán...
¡parecen de tanto peso
y los derriba Cobián!

***

Sin embargo, hay que confesar que el Sr. Cánovas se defendió bien.

Declaró á última hora que efectivamente, y á pesar de haberlo negado primero, ha sido individuo de la Junta directiva de la Asociación para la reforma de Aranceles, pero que no firmó ningún documento; y si firmó alguno, que también resultó que sí, le firmaría á secas.

A secas; aquí está el toque.

Porque se conoce que cuando quiere que su firma sea válida la pone de otra manera.

Con gotas.

Una noticia de *La Correspondencia*:

«Ayer presentó sus credenciales al rey Humberto, como embajador de España cerca de dicho monarca, el señor D. Cipriano del Mazo.»

Está bien.

Salvo que D. Cipriano del Mazo es embajador de España cerca de la reina de Inglaterra.

Y salvo que nuestro representante en Italia es el conde de Rascón.

Y salvo que éste no presentó sus credenciales el rey Humberto anteayer, sino el día 8.

Vamos, una noticia más desgraciada que Montalbán.

No le queda ni el Juan Pérez.

La Iberia, con su buen gusto de siempre:

«La novela de los *Misterios*, publicada por EL LIBERAL, no ha tenido suscritores.

En cambio ha tenido críticos y todos la han declarado mala por inverosímil y por excesivamente humorística.

Si no fuera por su extensión, el voto universal la mandaría incluir en el tomo de las *Mil y una barbaridades*.

Hubiera sido una gran desgracia para *La Iberia*.

Porque si ese tomo se llenara de hoy en adelante con trabajos de otros, ¿dónde iba el diario fusionista á colocar los suyos?

Bien es verdad que no puede temer la competencia de nadie.

Porque en eso, ¿quién le iguala?

***

Y sigue *La Iberia*:

«Pero habrá de formar biblioteca aparte.

Con este título:

«*Solo para bobalicones*.»

¡Qué egoismo!

Pues ¡no quiere el periódico fusionista que escribamos solamente para él y los suyos.

El *Abidense* se transformó ayer en *Fermín Español*.

Y con esta firma, á secas, que diría Cánovas, telegrafió desde Roma lo siguiente:

«En la solemnísima sesión que ha celebrado la Academia Pontificia, ha sido invitado Carulla á leer su traducción del himno clásico, escrito por el Papa, siendo aplaudidísimo.»

Cú-Cú.

Lo mismo nos da *Fermín Español* que *Abidense*

Cú-Cú.

Te conocemos, *Carulla*.

La novela de «El Liberal»

Un periódico republicano de vida reciente, *La Justicia*, refiriéndose sin duda á nuestro artículo *Siguen los misterios*, empieza así su número de ayer:

«Intrigas, cabildeos, temores, repugnancias, camarillas, obstáculos tradicionales; toda la *mise en scene* de la política monárquica ha resucitado, tras breve eclipse, para ser objeto preferente, como en pasados tiempos, de las preocupaciones de la opinión, de los rumores de los círculos y de las controversias de la prensa. ¿Existen hoy en realidad motivos fundados para suscitar los recelos que han venido atormentando en todo tiempo, bajo el régimen de la monarquía, á la opinión liberal del país? No vamos á discutir esta cuestión de hecho, por más que recientes sucesos hagan más que verosímil la solución afirmativa. Basta á nuestro propósito notar que la facilidad con que acoge la opinión todo rumor relativo á cábalas, intrigas y misterios, es el resultado de una como preexistencia en parte instintiva de los pueblos acerca de la incompatibilidad de la forma monárquica con la libertad y con la soberanía nacional.»

Esto.

Y... lo otro.

***

Vino á amargarnos la satisfacción que la lectura de las anteriores líneas nos había producido, ver que *El Imparcial* calificaba de novela nuestro artículo, y decía además (¿qué círculos políticos frecuentará *El Imparcial*?) que en los círculos políticos había sido comentado como una invención humorística muy propia del día de Inocentes.

Sabíamos que ni *La Época*, ni *El Siglo Futuro*, ni *Las Ocurrencias*, ni *El Correo*, ni *La Iberia*, ni *El Resumen*, ni otros muchos periódicos, habían juzgado así los *misterios* contados por nosotros, y lo prueba el hecho de haber dedicado á comentarlos bastante más espacio y tiempo que nosotros á referirlos, pero como *El Imparcial* es muy conspicuo en todo, incluso en reunir materiales para redactar un librito, titulado *Camino recto y seguro para no llegar nunca á ser ministro*, que está escribiendo hace algunos meses con un éxito verdaderamente incuestionable, su noticia nos conturbó extraordinariamente.

Poco tiempo, sin embargo.

Solo el que tardamos en encontrar también en *El Imparcial* estas inapreciables líneas:

«La reina doña Isabel abandonará dentro de pocos días esta corte. Aunque su primer propósito fué pasar una temporada en Sevilla, parece que ALGO QUE SE HA DICHO Ó DESLIZADO EN LOS CÍRCULOS POLÍTICOS, Y ALGO TAMBIÉN DE DETERMINADAS RESOLUCIONES DEL GOBIERNO, la han decidido á marchar á Francia, siendo posible que EN UNA LARGA TEMPORADA no vuelva á Madrid.»

Después de esto, ¿qué decirle á *El Imparcial*? ¿para qué demostrarle que no hemos escrito nosotros una novela si es él mismo quien lo demuestra?

Damos á *El Imparcial* las gracias.

Y le prometemos comprar un ejemplar del *Camino recto y seguro para no llegar á ser ministro*.

***

Otro punto de vista

Había dicho *El Resumen*:

«Nosotros, que no hemos sido ni somos, ni seremos nunca cortesanos, estamos obligados, hasta por esa circunstancia, á protestar contra las visiones que atribuyen al trono, no ya prevención sistemática en favor de determinada política, sino aun ingerencias no debidas en el rumbo y manejo de la cosa pública.»

Contestó *El Globo* ayer por la mañana:

«Esta salida del órgano reformista va á aumentar los recelos de los ministeriales. Los cuales no han tomado tal defensa tan á pecho.»

Y es que aquí, cada cual habla de la feria según le va en ella.

Y *El Siglo Futuro* hace anoche el resumen de este incidente, diciendo:

«Pero ¿es que les va bien en la feria á los reformistas?

Pues entonces les va mal á los sagastinos.

Y en este caso no resultan tan fantásticas las apreciaciones de EL LIBERAL.»

***

Hemos notado que casi siempre que nuestro apreciable colega *El Resumen* quiere discutir con nosotros sobre las cosas y los hombres de la política, titula sus artículos *Ideas y hombres*.

¿Será casualidad? ¿Será que *El Resumen* hable

© Biblioteca Nacional de España